LA HORA DEL DESQUITE

por Alberto S. Insúa

autor de «UNA GOTA DE SANGRE EN LA BLANCURA DE TU PIEL (I)», «EL ASESINO DE LA SECCION DE ANUNCIOS POR PALABRAS» y «CRIMEN POR MISERICORDIA

Una mañana de junio de 1872,
asesiné a mi padre, acto que me
impresionó vivamente en esa época.
(Ambroise Bierce, de «El club
de los parricidas»)

Todo empezó por un pollito. Un pollito amarillo comprado en las estribaciones del mercado a las pocas horas de su nacimiento. Un pollito criado con amor por manos infantiles —las mías— con miga de pan mojado en leche. Es posible que estos cuidados, combinados con la temperatura anormalmente alta de la cocina —cuyo fogón constituía en aquella época el único elemento de calefacción de la casa—, le permitieran desarrollarse y seguir viviendo una larga temporada; pero su porvenir se tornó incierto cuando, cumplida ya la primera fase de su desarrollo, logró escapar de la estrecha cárcel de cartón de una caja de zapatos y regó generosamente con sus excrementos nuestra vieja y única alfombra instalada en el salón. Y aunque esa escapada no volvió a repetirse, pues la cárcel de cartón fue sustituida por la vieja bañera de hierro esmaltado, era claro que el citado incidente, sumado al bajón obligado de la higiene corporal de la familia amén de múltiples sobresaltos durante la micción de los adultos masculinos, presagiaban un trágico final.

Aquella mañana había sido aciaga. Nuestro sabio educador, un religioso bajo de estatura pero grande de espíritu, ante el escaso rendimiento de sus discípulos en la comprensión del sistema métrica decimal y su aplicación al estudio de longitudes, superficies y volúmenes, inflamado en santa ira, castigó nuestra ignorancia con la ardua tarea de copiar mil veces: «Un metro cuadrado equivale a cien decímetros cuadrados. Un decímetro cuadrado… etc.»; mientras que, de paso, rompía varias reglas de cuadradillo en las espaldas de los más zotes. Esta sabia medida tan pedagógica —obsérvese el carácter métrico del elemento de tortura empleado— lejos de ser aplaudida como contribución a nuestro acervo cultura, ¡oh, inconsciencia de la infancia!, levantó oleadas de reconcomida indignación en mis condiscípulos y en mí mismo.

Por eso, cuando en grupo nos dirigíamos a nuestros hogares, con las orejas calientes y el corazón oprimido, sólo pensábamos en el terrible fin de semana que nos esperaba, en los diez o veinte folios de letra apretada en los que deberíamos desgranar un estúpido sistema de medir, que para colmo no admiten algunas de las naciones teóricamente más civilizadas; y obsequiábamos a nuestro santo educador con los más soeces epítetos recién aprendidos, con evidente falta de lógica en su aplicación; pues la honorabilidad de la autora de sus días nos era desconocida, la posibilidad de consentir el adulterio de su esposa estaba fuera de lugar, tratándose de un varón ligado por juramente solemne al celibato; y no nos constaba que existieran en sus impulsos sexuales —caso de tenerlos— desviaciones anómalas, ligado como estaba por santos y solemnes votos, sin que las caricias que nos dispensaba en nuestras salidas a la pizarra pudieran ser interpretadas como algo distinto de los sentimientos paternales que los tiernos infantes provocan en los varones adultos. Pero, réprobos y contumaces continuamos poniéndole de hoja de perejil, hasta que llegó el momento de separarnos y emprender cada cual en solitario el camino a casa. Eso sí, continuamos masturbando nuestra mente haciendo en ella a nuestro maestro víctima de los más atroces suplicios.

Al llegar a mi casa, mi primera visita fue al cuarto de baño. No porque deseara echar un vistazo a mi pollito, sino debido a una fuerte opresión en la región pubiana, producida por unos terribles deseos de orinar. Esto último tenía su explicación. En aquel emporio de la Didáctica en el que tuve el placer de educarme, la disciplina del centro impedía el uso del mingitorio fuera de las horas de recreo. Sabia medida ésta, que contribuía sin duda a forjarnos en el sacrificio y la autodisciplina, pero que perfumaba la clase con un

intenso olor, similar al del cajón de serrín que resulta imprescindible en aquellas casas en las que existe un gato, por obra y gracia de uno de mis condiscípulos que padecía de incontinencia de orina.

Una incontinencia de este tipo, pero esta vez provocada por cuatro horas de vigilia urinaria, me lanzó como una flecha hacia el inodoro (todavía no comprendo como puede llamarse así), en el que descargué entre convulsiones de placer —¿será pecado Dios mío?— no menos del ochenta por ciento del ambarino y espumoso líquido.

Un momento después y mientras apuraba las mieles del placer, reparé con sorpresa que mi pollito había desaparecido de la bañera.

En un principio no di importancia a este hecho. Posiblemente —pensé— se trataba de un cambio temporal de lugar, para atender a la limpieza de la bañera, ahora reluciente y habitualmente manchada de excrementos avícolas, o al aseo personal de algún miembro de la familia. Así que una vez satisfecha la necesidad imperiosa que me había llevado al cuarto de baño, complacido y hambriento me dirigí al comedor.

Mi familia, que estaba ya sentada en torno de la mesa, sonriente y parlanchina, guardó un repentino silencio en el momento de mi aparición. Esta actitud, evidentemente culpable, sólo provocó en mí una ligera sospecha, mientras me sentaba al lado de mi madre, que me sonrió con ternura. Y comenzó la comida, una de esas comidas tradicionales de postguerra, con el sopicaldo de pan duro previamente frito, en el que el pan sobrenadaba junto a pequeñas gotas de aceite, que la refracción transformaba en un mosaico de reverberaciones multicolores, entre el fondo rojodorado del pimentón y el humillo aliáceo del diente de ajo del sofrito. Y luego, pasado este primer plato, obligada preparación estomacal de los días invernales, la rica tortilla española, en la que el batido de las claras multiplicaba las yemas, permitiendo el perfecto ensamblaje de un kilogramo de tubérculo sabiamente troceado con el escaso cemento de sólo tres unidades ovoideas.

Cual no sería mi sorpresa, cuando mi madre, cuyas habilidades de geómetra intuitivo aplicadas al reparto de la argamasa alimentaria eran asombro de propios y extraños, en lugar de seccionar la tortilla en seis perfectos sectores circulares, sustituyó el corte tridiametral por el mucho más complejo pentarradial, pasando luego a distribuir los cinco trozos de mi padre, mis tres hermanos, y ella misma.

Yo estaba francamente sorprendido. Me costaba trabajo creer que el cero en conducta de la semana anterior, producto de un grave acto de indisciplina escolar en el que tomé parte, provocar aquella reacción punitivo-alimenticia, evidentemente tardía. Estaba a punto de protestar, cuando mi madre me sonrió. Yo tendría hoy un segundo plato diferente. Y levantándose, regresó al punto de la cocina y puso el plato delante de mí.

No podía creerlo. Allí, en el plato, asado, dorado por el fuego, desplumado, decapitado, con las piernas amputadas, con el abdomen vacío, definitivamente muerto y profanado, mi pollito esperaba el momento en que mis dientes se clavaran en su pechuga, devoraran sus muslos y royeran con gula sus pequeños huesecillos.

No pude comerlo. Es más, pasado el primer momento de estupor, sentí una tremenda opresión en el pecho, como si el aire me faltara. Una tos convulsiva y un sudor frío hicieron que todo mi cuerpo se estremeciera, y con los ojos en blanco rodé por el suelo.

Cuando volví del desmayo el pollo ya no estaba en la mesa, y mi madre trató de consolarme. Con un —¡ya pasó! — dejó zanjado el problema y se retiró a la cocina para lavar la vajilla.

Años más tarde, cada vez que ante la vista de sangre se renovaba el proceso de pérdida de conocimiento, he reflexionado muchas veces sobre el origen de esa tendencia insuperable a desmayarme, y he creído encontrar su razón última en el episodio del pollito. Afortunadamente esta debilidad tan molesta queda, en mi opinión, compensada por la supresión de dos impulsos importantes: el completo de Edipo, y el interés gastronómico por la carne de volátil (actualmente muy devaluada y pobre en proteínas).

Pienso que no debo juzgar mal a mi madre. El pollo era, sin duda, un animal domésticamente indeseable. Asimismo, representaba en aquellos años de penuria una oportunidad proteínicamente irremplazable. Podían haberlo sacrificado y luego comérselo en secreto mientras me contaban el cuento chino de que se había muerto de muerte natural. Pero se ve que el sentido de la propiedad triunfó frente a la cordura. El pollo era mío y a mí me correspondía meterle el diente. Lo malo es que yo hubiera sustituido con gusto tan sustancioso elemento dietético por la argamásica tortilla de patatas, a sabiendas de que dicha dieta contribuyó y contribuye a la canijez de la raza, y a que se nos siga considerando como los amantes mentalmente más ardorosos y físicamente más ineptos de Europa.

Ha habido más pollitos en mi vida. Pollitos que, una vez sacrificados, me han sido presentados, debidamente condimentados por la autora de mis días. Mi primera corbata, mis primeros pantalones largos, mi primera novia y las que le siguieron, mi primer empleo, mi primer sueldo.

Mi padre murió —¡Dios le tenga en su gloria! —, mis hermanos se casaron y se fueron. Yo he vivido a solas con mi madre varios años. Y he ido acumulando pollito tras pollito. Por eso, al enterarme ahora que las croquetas son de gallina, no he podido contenerme: tenía que desquitarme de aquello. Una tras otra las he introducido en la garganta de mi madre empujando con la cuchara, mientras sus brazos se agitaban como aspas de molino y sus ojos se salían de las órbitas en el estertor de la asfixia. ¡Docena y media de croquetas —me gustan mucho— una tras otra hasta completar las dieciocho!

He reaccionado luego demasiado tarde. Con un cuchillo de cocina he intentado salvar a mi madre practicando la traqueotomía. Pero la vista de la sangre ha alterado mi pulso y el resultado ha sido aún pero, y sólo he conseguido seccionar el cuello de mi madre, ya muerta por la asfixia.

Ahora, junto al cadáver, espero la llegada de la policía. No va a ser nada fácil explicar lo sucedido. No creerán que todo ha sido un accidente, que no quería matar a mi madre, aunque puedo alegar, y a lo mejor cuela, lo de trastorno mental transitorio. Pero es difícil que comprendan que no se puede matar impunemente el pollito de un niño, y encima obligarle a comérselo. Seguro que ninguno de los jueces de este país de locos va a ser capaz de comprender que todo este lío ha sido debido a un pollito, un pollito amarillo que yo tenía de pequeño y al que quería con locura. Y para terminar, un consejo: no le compre nunca un pollito, un patito, o similar al nene, o aténgase a las consecuencias…